

KALÓS K'AGATHÓS

Por Camilo Ernesto Insuasty Cleves

27 de Septiembre de 2006 años

El facilismo intelectual o el miedo a la argumentación nos lanza a vitorear la muerte de la verdad o, lo que es lo mismo, su relativismo. Lo peor es que se la hiere, la más de las veces, con esa falsa humildad que se erige tras una verdad –camuflada, pasada de agache. ¿No es acaso saberse en una verdad quien, para negarla, afirma “no soy dueño de la verdad” y así justificar, con esta certeza, la poca aspiración de una opinión, su escaso deseo de debate, y esa morriña, también verdadera, de no poder aferrar lo absoluto y, de este modo, señalar con comodidad absoluta que por lo tanto “no puedo caer en absolutismo cuando doy mi opinión”?

Argumentar... la argumentación se expone y es acogida en la medida que alienta e intenta nutrirse de lo verdadero. La verdad nos impulsa y nos reta. Y al contrario de lo que puede concluir una mirada de vuelo, la verdad no es la fuente del fanatismo. No. Sin duda esa es la mirada más simple de los apasionamientos en los que caemos. La fuente del fanatismo, de los sectarismos no surge con el ideal de propender por la verdad, surgen de ese facilismo, negador de lo otro, que es el concebirse poseso de la verdad, aun –y más peligroso– en esas, sus formas negativas de presentación, que encantan al oído desatento, ocultando ese veneno, que esteriliza, sin posibilidad alguna, la confrontación.

Las palabras que se entregan, de ser vitales, desean que en ellas esté la verdad. Y es ese el ideal por el cual los argumentos exponen ideas a la crítica, a la mirada del otro. Necesariamente, quien argumenta en aras a la confrontación, lo hace en la medida en que sus ideas dan luces de la verdad. Y quien no desea la confrontación argumentativa, pues está al otro lado, dando cátedra desde su pe-



destal. Quien argumenta y desea el intercambio argumentativo necesariamente se comporta como si en sus líneas estuviera la verdad. Otra cosa es que la verdad constantemente se nos diluya de esa malla que van tejiendo las palabras, y que el propio entendimiento desmonte, en el andar del tiempo, una por una las ideas que se entrelazaban. Pero entonces, y esa es una de las maravillas que ha entregado el esfuerzo intelectual, de esos escombros, la historia de nuestro pensamiento se rehace, erige un nuevo intento, más elegante, de más finura, con un mayor refinamiento.

Adiós, pues, a la falsa modestia de no querer asir la verdad. Adiós, pues, a ese relativismo que no nos reta y que nos obliga a aceptar, sin el brillo con que nuestra mirada rinde admiración, lo que cada quien hace o dice. Adiós, pues a esa falta de valor, a ese miedo ante la verdad, a ese deseo de no confrontación.

“Mi identidad y dignidad primeras, son ante todo la de ser hombre, cristiano, inmigrante, legal o ilegal, eso no importa, pues no determina mi ontología más profunda”. La ontología no tiene profundidad, no tiene matices; es lo que es –sin importar que al final nunca sea. Y de las ontologías, la del humano, es de las más discordantes, paradójicas, pues es una ontología haciéndose y, por supuesto, deshaciéndose, ya que somos los únicos seres históricos. Por lo tanto, un algo que se hace y se deshace, como es el hecho de ser hombre, no puede constituir una identidad primera ni el sentido temporal ni en el sentido lógico. Lo de ser cristiano claramente no lo es en el sentido temporal... al fin de cuentas: toda identidad y toda dignidad es algo que se va adquiriendo, modulando y desechando en la constante confrontación con nuestros entornos.

Ahora bien, lo que ya es un giro de alta retórica es pretender sustentar la idea de que no importa ser inmigrante legal o ilegal, y que no importa en las disposiciones que alientan la vida de un hombre en otras tierras, esto es, que no perturba estar en un Estado o al margen del Estado, que no afecta el hecho de que el derecho nos



ampare o no nos ampare. Lo siento, pero las diferencias de lo uno y de lo otro son evidentes, y evidentes para quien las padece y para quien las observa en la distancia en lo que, por lo menos, concierne a las oportunidades que se les ofrece a estos dos tipos de hombres en tierras lejanas. No evidentes, pero si verosímiles, en el ánimo con que deben enfrentar el Sol de cada día, pues la conciencia de la clandestinidad, de la amenaza siempre presente de la deportación, del tener que medir cada reclamación, del saber que no se está bajo el auxilio del derecho, del saber que las oportunidades no están abiertas, debe generar un manto –pesado, obscuro– del que carece totalmente el que ha sido aceptado como miembro de un Estado. Y la otra, que es para mí la esencial, y que de momento podría denotar como el componente guerrero de la voluntad de emigración, radica en esta tesis –de dos rostros totalmente divergentes:

- a.) En la acogida –en la legalidad– de un inmigrante se hace manifiesta la sumisión de un pueblo a lo nuevo, a lo valioso.
- b.) La ilegalidad de la inmigración denota, por un lado, el repudio a eso que llega y, del otro, esa disposición enfermiza del psiquismo por la cual considera, ese que se va, que si las circunstancias hubieran sido distintas, sería el ser bello-valiente-majestuoso-afortunado en al guerra y en la paz –que no fue.

El primer aspecto es lo que hace deseable las migraciones. Gracias a ello las culturas se buscan, crecen. Y crecen, ya por el hecho mismo de acoger algo muy valioso –que viene del extranjero, ya por el hecho de que algo muy valioso se va a conquistar lo extranjero. En este aspecto de la migración hay un afloramiento del orgullo, un crecimiento de la valía: el poder, la capacidad de captar lo valioso de otras tierras, y el poder, la capacidad de producir talento que conquista otras tierras. La legalidad en la migración genera un orgullo doble: el del pueblo que ha logrado construir las condiciones que atrapan lo excelente de otras lejanías y del que ve cómo, lo que surgió en su cultura, conquista lo distinto.



El segundo aspecto de los fenómenos migratorios humanos es el que, al ser sobrepasado cierto límite, hace del éxodo un problema – y grande– para los magnos pueblos que han tenido que acoger esta avalancha de seres. Los Estados que acogen estos grupos humanos, básicamente lo hacen mientras puedan servirse de ellos como fuerza bruta de trabajo, es decir, mientras el Estado pueda cargar sobre sus hombros a estas legiones de esclavos. Pasado cierto número, pasado cierto tiempo, y si no se forman los guetos, esos lugares en que se cercan a los no deseados, la cultura nueva que comienza a surgir –fruto esencialmente del intercambio corporal– es, por norma, pobre. Entonces, y casi siempre, todo se degenera, – hasta las maneras de reaccionar contra aquello que se toleró. El facilismo, expresado en esa búsqueda de un entorno mejor –bandera del emigrante–, se mantiene constante, entonces muere una de las esencias de un pueblo: el deseo de ser grande, el más grande. Todo comienza a flexibilizarse hasta que la sangre, por la que fluye su identidad, eso que es el lenguaje, su lenguaje, sucumbe.

El segundo tipo de migración es un arma de doble filo para el Estado que la recibe. Debe estar muy atento, si ha de conservarse como un Estado poderoso. Debe poder determinar con precisión la cantidad de ilegales que les son útiles para desempeñar el trabajo bruto, ese que no requiere valor agregado alguno. Debe tener la claridad del abismo que se erige entre ellos y sus ciudadanos. El ilegal no es un ciudadano, eso es claro para ellos como para el Estado. Y el ilegal tiene que mostrar como mínimo su capacidad de sobrevivir en lo marginal, su capacidad de sobrevivir sin nombre, de ser sólo un número cuando de él únicamente quede un cadáver.

Hay un africano muerto en las playas de Lanzarote. Bien, hay que quitarlo de allí, hay que despejar la playa. No era lo suficientemente fuerte, astuto, para ser esclavo. Probó, y no fue capaz. Y, ¿por qué han de conmocionarse los que no lo querían? Y, ¿Por qué han de conmocionarse aquellos a quienes él les reprochó el haberle



gestado a las patas de la cuna del rey? En los actos de la ilegalidad y del inmigrante ilegal no hay materia para el canto a los héroes. Ha muerto un africano en Lanzarote y esencialmente es un cadáver –más.